

LABERINTO DE BARRO Y RAÍZ

Marta van Tartwijk Crespo

GRECIA del 1 de marzo de 2022 al 3 de junio de 2022

Epalladio Ceramic Workshop

Kampanos, Selino Este, Creta

contact@epalladioartworkshop.com



Cuando me fui de Madrid le dije a una amiga: “no quiero forzar más que pasen las cosas que yo creo que deberían pasar, quiero que las cosas pasen por mí. Algo así como ser un canal, una vasija, recibir, contener”.

Aterricé en Chania de noche. El aeropuerto de Ioannis Daskalogiannis es pequeño, y en la oscuridad lo parecía más todavía. “Llevo gorra y una mochila amarilla” le escribí a Lotte por wsp para que me reconociera a la salida. Habíamos hablado un par de veces por teléfono pero ni si quiera nos habíamos intercambiado una foto. Sería difícil desgranar la cadena de casualidades que me guiaron hasta Kampanos, pero estaba dispuesta a darme interpretaciones de la realidad que me dejaran espacio para pensar que aquello desconocido podía ser algo bueno.





En ese ir a ciegas, asomarse al abismo de lo que uno no sabe todavía, había escogido un taller que basaba su producción en una técnica que no domino: la colada por moldes. Epalladio es un negocio familiar levantado por Noufris y Lotte. Nació como un pequeño taller de fabricación de lámparas de aceite de cerámica en 1984 y fue creciendo y ampliando su producción, primero en Chania, y posteriormente en Kampanos. Aprovechando la casa de los padres de Noufris que había quedado deshabitada, decidieron trasladarse a la aldea, apostando por la vida rural en una zona aquejada de una despoblación creciente y atravesada por problemáticas similares a las que podemos encontrar en España en este tipo de territorio. Poco a poco fueron cultivando un tremendo éxito en ferias y lograron numerosos clientes a los que vender al por mayor. Ampliaron su gama de productos a cerámica de mesa. El aumento de la demanda llevó a realizar una ampliación del taller, y contratar equipo. La afluencia de pedidos permitía que en el taller trabajasen durante mi estancia Marta, Bardi, Lori y Maritza.





Epalladio basa sus diseños en algunas de las culturas antiguas que habitaron Creta: la cicládica, la minoica, y la helénica. No obstante, el ojo que pasea por sus diseños resbala

por unas líneas claramente contemporáneas, la mano encuentra el reposo y la comodidad de algo moderno. No se trata pues de una mera reproducción, si no de un inteligente readaptar y reinventar, una negociación constante con el pasado.



Hay algo de Epalladio que tiene que ver con volver a la raíz, bajar, tomar algo de la entraña y darte cuenta al subir a la superficie que aquello que traías ha mutado. Noufris extendía los brazos en cruz cuando a la hora de la cena me servía vino y me contaba que uno no puede ir hacia el futuro si no conoce el pasado. Que había que avanzar hacia delante, pero de espaldas, mirando atrás, como se avanza cuando en la guerra uno quiere confundir al enemigo y que no sepa hacia donde van sus huellas. Así pasado y futuro se confunden. Mientras hablaba yo pasaba los dedos por las vetas de la madera de la mesa de la cocina. Las vetas de un tablón se unían con las de otro, haciendo convivir en un plano continuo distintos tiempos, desordenando el crecimiento del árbol cortado.



El taller está atravesado por las raíces de un enorme olivo que conecta el espacio de trabajo con el del patio de la casa familiar. Ahora por ahí solo descienden las gatas parturientas que buscan refugio en el taller cuando les llega el momento de alumbrar. Pero, por el interior de este árbol, cuenta Noufris, se deslizaba su hermano durante la guerra para acceder a las reservas de comida que la familia tenía escondidas en lo que es ahora el taller. Los nazis se habían instalado en la casa. Su oficina era la habitación donde duermo. Mi apellido es van Tartwijk.

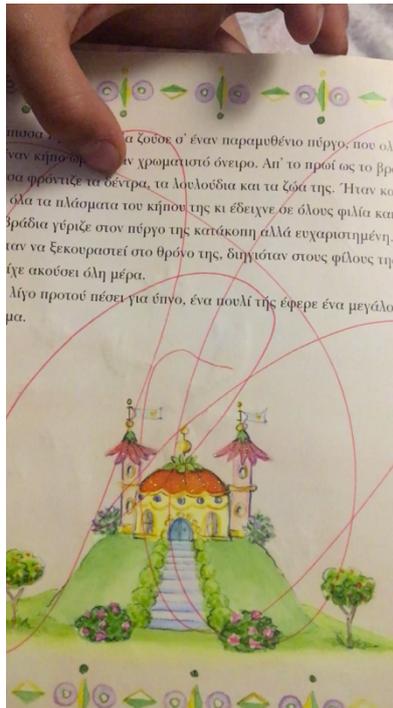


Para los griegos era preciso descender al inframundo para acceder al conocimiento oculto que les guiara en sus vidas. Muchos de sus rituales consistían en estos ritos de pasaje. Allí, en Creta, todo el paisaje está salpicado de ruinas, de mitos, de historias. En el Askeplión de Lissos, cerca de Kampanos escarbaban agujeros en la roca. Bebían agua del manantial, veían teatro, dormían inmóviles durante días en cuevas cavadas en la roca por tal de poder acceder a sueños reveladores.



Algunas tardes escarbo la montaña que hay detrás de Kampanos. Aquí se encontraron un montón de toros de cerámica que los devotos compraban en los alfares cercanos y

llevaban como ofrenda al templo de Poseidón. Yo he encontrado por lo menos cinco arcillas distintas. La cargo a casa. Hago pruebas. Me la encuentro todavía entre las uñas por la noche mientras sigo con el dedo sobre la página las palabras en griego que trato de aprender. Mi lenguaje materno se deshace en un lodo, vuelve a la madre en un parto inverso, a los orígenes de aquellas palabras hace un instante desconocidas.



Un molde es algo así también como el desplazamiento de un cuerpo, un cuerpo que estaba y se retira, un hueco, una huella. Cerca de Kissamos hay unas huellas de 6.000.000 millones de años grabadas en la piedra que alguna vez fue barro. Observo la fotografía en el museo, y me dedico, mientras paseo la mirada por las cerámicas de las vitrinas a buscar las huellas de los dedos, la impronta de la mano, de aquellas manos de hace miles de años, y pienso en el gesto, el gesto que debieron hacer, el gesto que todavía hago en el taller. Limpio rebabas, pongo asas, hago moldes, cargo hornos. Hay algo laberíntico de los tiempos que se enredan a través de los cuerpos y las cosas.



En los meses que estuve allí Lori me pidió que le enseñara torno. Me vi enseñando algo que previamente me habían enseñado a mí. Me veía repitiendo aquellas frases que me habían dicho otros, en mi voz se enredaban todas aquellas voces de mis maestros. Pero esta vez eran mis manos las que tomaban las de otro para indicar los gestos. Los griegos denominaban a la experiencia de inmutabilidad como *Mêtis* (la unidad). Sócrates creía

que Mêtis solo se alcanzaba por la quietud. Por las tardes trenzo el pelo de Eva y ella me lo trenza a mí.



Los olivos que rodean Kampanos son olivos de aceituna para mesa, no para hacer aceite. Y por eso no los vanean. Solo ponen unas redes a los pies de los árboles y esperan que la aceituna caiga cuando esté lo suficientemente madura. No hay esfuerzo, solo la espera a que las condiciones sean favorables. Aprender quizás sea algo similar. A veces nos enfocamos tanto en un objetivo que nos olvidamos de reparar en cómo se siente ese estar aprendiendo, es decir, escuchar y estar atento a lo que ocurre en nuestro entorno mientras alcanzamos eso que va llegando poco a poco. Este es quizás el mayor trabajo del maestro, estar atento y preparar las condiciones para la floración. Zeami hablaba de que un artista “tenía flor” cuando había alcanzado su madurez.



Para aprender quizás lo más importante sea proyectarse hacia lo que uno pueda devenir no desde la exigencia, pero desde el deseo. Enseñar es quizás abrir ese deseo, alimentarlo, hacerlo crecer y mirar al alumno no con lo que es sino con ese potencial de devenir, y sobre todo entender como otros lo han hecho antes por ti y saber agradecer

esa sucesión infinita de maestros y alumnos. Cuando las tardes de primavera acudimos al viñedo y quitamos el exceso de hoja de la vid para que su energía se dirija al crecimiento del fruto, siempre dejamos algunas, algo de aquello que estaba antes de la uva, para que le de sombra, lo cobije de las quemaduras y madure mejor.

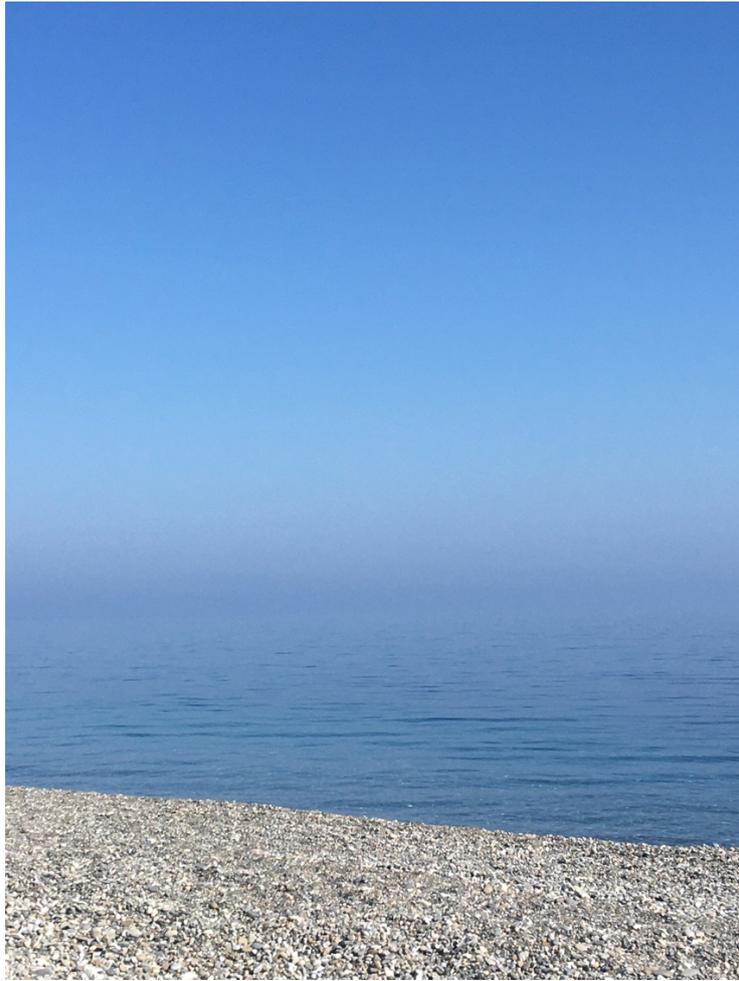


Creta nació del choque de dos placas tectónicas. Quizás crecer tenga algo de eso de que lo duro se vuelva blando, permeable, pegajoso como un lodo que conecta tiempos y subjetividades. Hay algo en dejar que las cosas pasen por uno. En dejar afectarse. Este

es el milagro, que en el contacto hasta la roca ablande. Aspirar a ser maleable, plástico, tierno, una materia en la que se pueda hundir el dedo, en la que se pueda dejar huella, ser solamente barro.



Hay siempre algo sorprendente en la noche fuera de la ciudad. Existe un tipo de oscuridad especial, un color, un negro azulado concreto. Y luego, luego están las estrellas. Cuando era pequeña me aterrorizaba la penumbra, pero hay luces sutiles que solo podemos ver cuando nos sumergimos en ella. Noufris me llevó a ver el mar la última noche. En la playa de Sougia se extendía como un terciopelo negro, una tiniebla líquida. Torció el cuello hacia arriba y señaló. La vía láctea, esa gota de leche que se escapa y se divide en mil partículas brillantes cuando el niño se separa del pecho que lo amamanta. Los mitos siempre devuelven el cuerpo al orden del paisaje para poder entendernos como parte del mundo.





Escribiendo este artículo vuelvo a mis notas, me encuentro las flores secas entre las páginas de la libreta. Aquellas que nunca había visto y no sabía como se llamaban, y por hacerlas mías las recogía y les daba un nombre. Al final tenía un paisaje de un verde atroz, hermoso, salpicado de nombres: la pipas, la hermanada, la plumas, la elegante, la pendientes... Dar un nombre es siempre pertenecer. En la página donde guardo la corazones leo:

Vi en una vitrina del museo de Heraklion
una escultura de barro chiquita
no más de 7cm
de dos mujeres que se tomaban de la mano

La cosa es que
ya no había dos manos
si no una sola compartida

como si en el tocarse
la materia se fundiera
como si se hubieran hecho siamesas



Gracias a esta experiencia Erasmus entiendo mejor el aprendizaje, acumulo afecto y respeto por todos aquellos y aquello que transmiten una manera de estar en el mundo. Gracias al Departamento de Movilidad por hacerlo posible, por su entregada dedicación, flexibilidad, paciencia y enorme trabajo. Gracias a Creta, a las montañas, al mar, a sus frutas y sus flores. Gracias a Lori, a Marta, a Bardi, a Maritza por todo el cariño, los desayunos compartidos, las canciones albanesas, las manos que acudían cuando necesitaba ayuda. Gracias sobre todo a Noufris, a Lotte y a Eva por señalarme el camino, por haberme hecho pertenecer, por ser maestros.